

Benjamin Myers
MAR ABIERTO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

BENJAMIN MYERS
MAR ABIERTO

Traducción de Victoria Alonso Blanco

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *The Offing*

1.ª edición: junio de 2021

© Ben Myers, 2019

Traducción: © Victoria Alonso Blanco, 2021
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-983-9
Depósito legal: B. 6.350-2021
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La bahía que vi desplegada ante mí era una gran cuenca glaciar excavada por el crujiente hielo y el lento empuje del agua derretida cientos de miles de años atrás.

Me aproximé a ella desde el norte y contemplé un anfiteatro gigante cuyas laderas albergaban granjas y aldeas y descendían entre vertientes desde los páramos ya purpureantes; debajo, los campos se extendían hasta la misma orilla de un mar opalino sobre el que se encaramaba precariamente un racimo de casitas apiñadas en una hendidura del terreno. Entre ellos y el agua, una estrecha franja de arena refulgente. Una cinta bronceína.

Las casas se alzaban sobre el ir y venir de la marea sin orden ni concierto, enclavadas en la pared erosionada de un acantilado de tierra suelta y arcilla húmeda que el salitre de las olas y la abrasión habían ido socavando lentamente. Parecían náufragos arrastrados por siglos de temporales. El propio tiempo estaba socavando aquel paraje costero, esculpiendo la isla de nuevo en una época de incertidumbre.

Pensé entonces en la capacidad del mar para recordarnos la existencia finita de la materia sólida, y en que los únicos límites verdaderos no son las trincheras, los refugios antiaéreos y los controles de vigilancia sino los que se establecen entre las rocas, el mar y el cielo.

Hice un alto allí para rellenar la cantimplora en un caño que vertía sobre un pilón de piedra al borde del camino, y tuve la sensación de que me había colado en un cuadro. El sol era un disco brillante y luminoso de un blanco refulgente sobre una escena pintada con veladuras y comprendí, quizá por primera vez, lo que impulsaba a los seres humanos a agarrar los pinceles o componer versos: el impulso de plasmar esa sensación que acelera el pulso, ese «ahora» que evoca una vista tan arrebatadora como inesperada. El arte era un intento de atrapar el instante en ámbar.

El agua de la fuente se deslizó por mi garganta como hilos de seda, me refrescó el estómago por un momento y se quedó allí estancada. No hay agua tan deliciosa como la que brota directamente de la tierra y se bebe en un recipiente metálico; ya se trate de una vasija, un cazo o un caño, por alguna razón el metal ensalza su sabor.

Bebí un poco más y luego hice un cuenco con las manos, dejé que el agua repicara sobre mis palmas rosadas y me la eché por la frente, la cara y el cuello. Llené la cantimplora de nuevo y seguí mi camino.

Habíamos sufrido una guerra, y aunque la contienda había terminado, continuaba haciendo estragos entre los hombres y las mujeres que se la habían traído a casa.

Se mantenía viva en sus miradas o colgaba de sus hombros como un manto empapado de sangre. Brotaba también en los corazones, como una flor negra que hubiera arraigado allí y ya nunca fuera a arrancarse. Sus simientes eran demasiado tóxicas, estaban sembradas demasiado hondo como para que los recuerdos no hicieran sino mantener perenne la ponzoña.

Las guerras se prolongan hasta mucho después de con-

cluida la batalla, y el mundo entonces parecía repleto de brechas. Yo lo veía como un lugar desfigurado, destrozado, trastornado por culpa de quienes ostentaban el poder. Todo eran cascotes, todo eran cenizas.

Yo no tenía edad para haber regresado como un héroe, pero tampoco para haber evitado las imágenes de los noticieros, ni las largas y oscuras sombras que los soldados que regresaban del frente arrastraban tras de sí como ataúdes vacíos. A fin de cuentas, en realidad nadie gana en una guerra: unos pierden menos que otros, eso es todo.

Cuando estalló, yo era un niño y un joven cuando terminó, y en la estela de la contienda la sensación de pérdida lo permeaba todo, sobrevolaba la isla como un pesado nubarrón que, por muchas banderitas con los colores rojo, blanco y azul que se agitaran y por muchas medallas que se prendieran en los pechos sollozantes de los supervivientes, nada lograría disipar.

No hay que creer a pie juntillas lo que cuentan los libros de historia: la victoria aliada no tuvo un sabor dulce y los inviernos subsiguientes serían tan gélidos e inclementes como otros muchos. Porque si bien los delirios de los mortales eran ajenos a los elementos, incluso la blanca nieve virginal aparecía impura a ojos de quienes habían visto las primeras filmaciones de las alambradas de espino y las fosas comunes.

A ojos de los jóvenes, sin embargo, la contienda era una abstracción, un recuerdo lejano que ya empezaba a desvanecerse. Aquella no había sido «nuestra» guerra. No iba a arruinar «nuestras» vidas antes siquiera de que hubieran empezado.

En lo que a mí respecta, la guerra, antes bien, me había despertado el afán de aventura, las ansias de ver mundo, de llegar al final de la calzada, donde el enlosado pavimento daba paso a los campos y el industrial norte de Inglaterra se

extendía a lo lejos bajo la primera bruma cálida que anunciaba la incipiente estación de crecimiento, y explorar lo que hubiera al otro lado de ese espejismo reverberante que transformaba el horizonte en un océano ondulante de verdes florecientes.

Yo era un joven de dieciséis años, libre y hambriento. Hambriento de comida, como lo estábamos todos entonces —la escasez de alimentos se prolongaría muchos años—, aunque mi apetito iba más allá de lo meramente comestible. Para quienes habían tenido la fortuna de que se les otorgara el don de la vida, el presente parecía un preciado receptáculo vacío que aguardaba a llenarse de experiencias. El tiempo de pronto era algo más valioso; era lo único de lo que disponíamos en abundancia, pese a que la guerra nos había enseñado que también el tiempo era un recurso limitado, y desperdiciarlo o malgastarlo, un pecado tan capital como cualquiera.

Éramos jóvenes, y vivíamos por los soldados que habían caído en tierras extranjeras o abatidos en pleno vuelo, como los urogallos el 12 de agosto, al abrirse la veda, o por aquellas pobres criaturas famélicas enterradas en fosas comunes.

La vida estaba allí fuera, a nuestro alcance, esperando a que la engulléramos. A que la devoráramos y nos la tragáramos entera. Mis sensaciones habían despertado, con una voracidad insaciable, y para mí era un deber, tanto para conmigo mismo como para con todos los jóvenes de mi edad que habían muerto llamando a gritos a sus madres o desangrándose en el charco de su propia sangre, darme un atracón de vida.

Sin embargo, a mí lo que me atraía por encima de todo era el mundo de la naturaleza, en el que pretendía sumergirme. Sabía por mis lecturas que el norte ofrecía una geografía

muy diversa: bosques y lomas, páramos y brezales, valles y cañadas, habitados todos por especies de plantas y animales a la espera de que mi mirada curiosa y errabunda se fijara en ellos.

En los alrededores de mi pueblo ya había explotado todas las posibilidades. Había registrado diligentemente todas las especies de aves avistadas al pasar, tanto migratorias como no migratorias. Había reunido una pequeña colección de huesos y cráneos, cuidadosamente disecados y limpios de restos de materia orgánica, que guardaba en la parte trasera de la casa, dentro de un arca que estaba al lado de la carbonera de hormigón, porque mi madre no me dejaba tenerlos dentro de casa. Había pescado y huroneado, cazado ratas y usado trampas y cepos, y en una ocasión de infausto recuerdo hasta le había robado a un cuervo el huevo que estaba empollando en lo alto de la peña donde anidaba; aunque no mucho después la sola idea de matar un animal por placer, de darle caza por gusto, acabó asqueándome. Incluso modificar sus patrones de conducta se me antojaba un pecado. Gran parte de mi adolescencia la había pasado encaramado en la copa de los árboles, pero ya me había cansado de ver siempre las mismas vistas, los mismos y previsibles cambios de estación. Quería experimentar otras muchas cosas que estaban sucediendo en el mundo exterior, tras los confines de aquel pueblo rural minero enclavado en la suave y ondulante campiña, en algún punto entre la ciudad y el mar. Anhelaba sorpresas. Solamente estando a solas en la naturaleza había alcanzado alguna vez a vislumbrar un atisbo de mi verdadero yo; el resto del tiempo no había sido sino alboroto en el patio de recreo e instrucción escolar, tareas domésticas y distracciones banales.

Había emprendido la marcha en primavera, impaciente, con una mochila a la espalda que contenía el avituallamiento imprescindible para un viaje cuyo único objetivo era la transitoriedad: un saco de dormir, una manta, una loneta y una muda de ropa. Dos cazos, una taza, la cantimplora, una navaja, un tenedor, una cuchara y un plato. Y una pala para cuando hiciera mis necesidades a la intemperie. Ni siquiera llevaba un mapa.

La navaja de afeitar tampoco iba a necesitarla.

Además llevaba conmigo una libreta y un bolígrafo, una pastilla de jabón, un cepillo de dientes, una caja de cerillas y un arpa de boca que me había regalado mi abuelo, quien me ofreció el sabio consejo de que si uno aprendía a dominar un instrumento musical siempre podría ganarse la vida, puesto que Inglaterra era un país en el que se valoraba más el esfuerzo que el talento y bastaba con que le «echaras voluntad», y aunque todavía no había aprendido a tocar ese extraño instrumento de sonido misterioso, me había propuesto hacerlo a toda costa. Imaginaba que por aquellos caminos y senderos tendría tiempo libre más que de sobra y noches en abundancia cuyo solitario silencio a buen seguro se beneficiaría de un poco de música, por discordante e ineptamente ejecutada que estuviera.

La mañana de mi partida, mi madre insistió en embutir también en la mochila un almuerzo para el camino consistente en unas buenas lonchas de jamón cocido, queso, manzanas y un gran *stottie*, un pan de hogaza típico de Newcastle, todo envuelto en un paño de rizo con el que me hizo prometer solemnemente que me asearía al menos una vez al día.

Cuando dejé atrás la vetusta ciudad todavía hacía un poco de fresco, y bajé hasta el río, sobre el que se yerguen las altas torres de la majestuosa catedral, imponente y altiva desde su promontorio natural. Me dejé guiar por el lento curso

del río pendiente arriba, atravesé un boscoso desfiladero y continué andando hasta adentrarme en lo desconocido.

Hasta ese momento, la mayor parte de mis años mozos se me habían ido mirando por las ventanas del colegio, suspirando por vivir al aire libre, ansiando oír el repique de la campana en los pasillos para poder echar a correr libremente campo a través.

Y de pronto allí lo tenía por fin, rodeándome por todas partes, el paraíso desplegándose ante mí, una estación que florecía exuberante con el cálido zureo de las palomas torcaces y el martilleo de los pájaros carpinteros, y la fragancia de la hierba de Santiago, de la balsamina y, más allá de los árboles, en los campos ondulantes, el olor almizclado, sedante y embriagador de la colza.

Pronto empezarían a avistarse también las golondrinas y los vencejos que regresaban del norte de África para pasar el verano allí, en el centro del mundo, el norte de Inglaterra, la tierra más verde que jamás haya existido, de una intensidad olfativa y una exuberancia capaz de marear a un jovencito.

A orillas de los ríos crecía el ajo silvestre, salpicando el aire con su aroma. Mientras andaba arrancaba sus hojas ásperas, de un sabor intenso y penetrante, que me dejaban la lengua viscosa. Aceitosa casi.

Me aparté del cauce del río Wear porque sabía que su curso me conduciría hacia el oeste, hacia las tierras altas y los valles de Wolsingham, Westgate y Wearhead, donde decían que el río borboteaba de la tierra, apenas un regüeldo gorgoteante, y que más allá no había más que aldeas con nombres que aludían a vacas y cereales como Cowshill y Cornriggs. A buen seguro, el trabajo escaseaba por allí.

De vez en cuando deambulaba por pistas de tierra y már-

genes de carreteras con el asfalto recalentado. A mi paso me encontré canteras abandonadas, grandes simas abiertas en la tierra, escarpadas como enormes oquedades molares. Avancé con tiento entre los restos oxidados de las vías por donde antes habían discurrido las vagonetas y los senderos de las minas de pizarra y zinc. Pasé por yeseras clausuradas y claros en el bosque que contenían restos de grandes bobinas de cable industrial y carretillas volcadas, pero ningún otro rastro de vida humana. Siempre que podía, avanzaba por bosques y calveros, por campos y valles.

En todas partes encontré trabajo, tanto en pequeñas granjas como en grandes explotaciones agrícolas. Trabajo a destajo la mayoría de las veces, pero también haciendo arreglos y chapuzas en casas aisladas, ya que muchas familias habían perdido a sus hombres o la guerra se los había devuelto exhaustos, deshechos o con el alma rota, con alguna pieza de menos, como esos puzzles de segunda mano. Eran pocos los que habían regresado con sus facultades y capacidades intactas, preparados para retomar sus vidas como si nada hubiera cambiado, y aunque muchos seguían manteniéndose físicamente en forma, mentalmente habían perdido su empuje.

Esas casas precisaban de mano de obra joven y fuerte para desempeñar las tareas que aquellos juguetes rotos ya no eran capaces de llevar a cabo, por lo que fueron pocas las puertas que no me abrieron. Al otro lado me encontré a supervivientes mudos que habían sido testigos de cosas hasta entonces inimaginables. La guerra, en cierto modo, era una enfermedad que solo el paso del tiempo podía sanar, y muchos la padecieron hasta el fin de sus días.

Trabajé enlazando un jornal con otro hasta que llegué a la zona en que Durham lindaba con Cumbria y Cumbria se

daba la mano con North Yorkshire, donde la industria local seguía dependiendo de la extracción de estaño y plomo, o de la cría de ovejas que se llevaba a cabo durante todo el año en las laderas de los páramos ventosos, en los que se apriscaba y esquilaba a aquellas lanudas criaturas en verano y se las rescataba de los ventisqueros en los inviernos interminables. Era un paisaje distinto al que yo estaba acostumbrado; también cincelado y desfigurado, pero, en cierta manera, de formas más agradables. La novedad de lo desconocido resultaba embriagante. Incluso los sonidos eran distintos en la vastedad desierta de los páramos, un lugar de murmullos, libre de la metálica estridencia de la vida en las minas de carbón. Aquellos parajes estaban cargados de resonancias míticas. Era un mundo apasionante.

En una de esas granjas besé a una jovencita taciturna llamada Theresa que sabía a anís, y cuya lengua dulzona y curiosa hurgó en mi boca durante diez largos segundos, al término de los cuales la chiquita se volvió en redondo y echó a correr sin decir una palabra, y aunque había explorado en mí con un vigor rayano en la violencia y me desechó con la misma premura que si hubiera sido un burro que en ese momento pasara por allí, fui consciente de que la experiencia acababa de marcar un pequeño hito en mi vida. En el pueblo nadie me creería, eso por descontado; bastantes fanfarronadas circulaban ya por los vestuarios del gimnasio sobre besos a chicas que nadie había visto en lugares que nadie había pisado. Esas cosas solo ocurrían en otros sitios, sin testigos. Y, mira por dónde, de pronto era yo quien recalaba en aquel reino de fantasía, libre de los grilletes de lugares y gentes conocidos.

En los Dales de Yorkshire la tierra no era apta para el cultivo y las casas estaban demasiado apartadas unas de otras, de manera que me dirigí hacia el sur, y por el camino

me dediqué a la tala de árboles y a ayudar a traer corderos al mundo, a juntar y trasladar rebaños, a cortar y astillar madera. Saltaba de un sitio a otro, siguiendo el sol y descansando cuando tocaba descansar. Por una vez no vivía esclavizado por el plomizo tictac del reloj en el aula, cuyas manecillas algunos días parecían moverse con una delectación angustiosamente lenta, y una o dos veces incluso me habían dado la impresión de detenerse por completo, y de que el instante congelado en el tiempo se prolongaba un siglo mientras que, a mi alrededor, los compañeros de clase seguían ajenos a aquella conjura para mantenernos atrapados y cautivos eternamente. Pero ya no, porque ya no tenía que rendir cuentas a nadie, y en cada curva del camino me iba desprendiendo y liberando suavemente de otro poco más de piel adolescente.

Cuando me vencía el agotamiento me acostaba en algún granero, en algún cobertizo o alguna caravana abandonada, y en varias ocasiones dormí a pierna suelta encajonado bajo setos de zarzas y acebo, plantados quizá en la Edad Media, de tres metros de altura y tan impenetrables como el alambre de espino que cercaba el campo de concentración de Bergen-Belsen.

Otras noches, aprovechando que el cielo estaba despejado y que los granjeros preveían una racha seca, buscaba un campo abierto, montaba una especie de tienda de campaña con mi sábana bajo la que echarme a dormir con las ascuas de la lumbre iluminando mi rostro vuelto hacia la luna y un lecho de hierba aplastada bajo la espalda, y me despertaba entumecido y muchas veces empapado hasta los huesos, maldiciendo las inútiles predicciones meteorológicas de los granjeros.

Me alimentaba con lo que iban dándome por ahí. Mi sustento consistía principalmente en huevos, patatas y manzanas del otoño anterior; de vez en cuando me daban leche para la cantimplora o unas bolas de mantequilla fresca envueltas en una especie de atadillos de yute o quizá la tapa de un pan de molde tan duro y reseco que parecía salido de un horno de ladrillos. También me daban verduras. Era temporada de espinacas y acelgas. A veces me caía algún nabo, que me comía a bocados, crudo, aunque nunca me entusiasmaron. La carne era un bien escaso. En una ocasión me regalaron un tarro de miel en el que descubrí que se podía mojar casi cualquier cosa. Incluso un dadito de nabo pinchado en el tenedor se transformaba en un bocado delicioso si cerraba los ojos y lo mordisqueaba hasta llegar a su amargo corazón.

A medida que me alejaba del mundo que había conocido, empecé a percibir en mí cierta ligereza. La ansiedad que se me había enquistado en la boca del estómago durante el último año escolar empezó a mitigarse, y con ello llegó una sensación de claridad mental. Por primera vez salía de las sombras que rodeaban la boca de la mina con sus chirridos y su estrépito metálico y me alejaba de aquel polvo gris oscuro que en los días calmos y claros parecía posarse sobre todas las cosas y hacía preciso sacudir las sábanas y la ropa blanca tendida de lado a lado en los callejones. Mis pulmones se habían ensanchado y por las mañanas, cada día más luminosas, sentía tal vitalidad que me veía capaz de vagar sin detenerme durante días y días. Sentía también que mis huesos, articulaciones, músculos y cerebro trabajaban en una simbiosis perfecta, como el engranaje de una máquina bien engrasada, alimentada por poco más que la lozanía de la juventud y el sustento imprescindible.

Desde que había desarrollado la facultad de escuchar, la inexorabilidad de una carrera laboral entregada de por vida a la oscuridad y al polvo de la mina había planeado como un espectro asediando mi subconsciente y empañándolo todo. Al principio la idea me había suscitado temor, pero en las últimas fechas había llegado a detestarla hasta el punto de manifestar una disensión contumaz.

A mis padres nunca se les había pasado por la cabeza que me dedicara a otra cosa. Algunos chicos con los que había crecido llevaban ya dos o tres años trabajando en el pozo, pero para alguien tan locamente enamorado del aire libre y la soledad como yo la expectativa de seguir los pasos de mi padre en la mina, igual que mi padre había seguido los del suyo, era la razón misma de que en ese momento me encontrara vagando por los caminos de Inglaterra. El mío había sido un acto de escapismo y de rebeldía, y sin embargo los lazos de la comunidad seguían tirando de mí con tanta fuerza como para que me planteara si aquel viaje era meramente un breve aplazamiento, un primer y último hurra antes de la cruda perspectiva de «pasar por el aro». Al menos tenía que intentar ver otros mundos antes de que la mina —o, peor aún, la guerra— se apoderara de mí por completo.

La primavera eclosionaba a mi alrededor. Durante aquellas semanas de calor incipiente, a mi paso surgieron múltiples personajes: vagabundos, chatarreros y buhoneros de toda índole. Hojalateros o lañadores que se ganaban la vida reparando cacerolas y pucheros con lañas. Cesteros, que cortaban y tejían el mimbre, y otros vendedores ambulantes que recorrían los caminos. Una vez compartí una fogata con una familia de siete que por la noche se las ingeniaba para apiñarse al completo en un pequeño carromato tirado por una única jaca mansa y añosa.

A pesar de todo, la posguerra al parecer seguía tratando

bien a quienes sabían sacar partido de la escasez y tenían habilidades manuales. Conocí a marineros en tierra que no tenían prisa alguna por hacerse de nuevo a la mar, a jornaleros de la fruta que esperaban ansiosos los primeros arándanos y las primeras moras de la temporada, a recolectores de lúpulo aguardando el momento de la canícula para encaminarse hacia el sur, y a peones que untaban los caminos con unos rodillos enormes introducidos previamente en grandes tinas humeantes; pasé momentos ociosos entretenido con almas perdidas y trastornadas por la guerra, supervivientes todas ellas.

La meteorología era la espita que abría esas conversaciones con los extraños, pues los ingleses siempre han sido un pueblo obsesionado con el exceso de calor o el exceso de frío, o con el exceso de lluvia o la falta de ella. Rara vez oirás a un inglés comentar la idoneidad de las condiciones atmosféricas o del verdor de su valle, pues siempre habrá otro más verde. Hablar del tiempo no es sino un código velado o una moneda de cambio, una transacción con la que calentar motores para pasar a temas más enjundiosos una vez establecida la confianza mutua. Eso lo fui aprendiendo por el camino, a medida que las circunstancias y los aspectos prácticos de la supervivencia me obligaron a abrir la boca más a menudo de lo que tenía por costumbre en mi pueblo, donde mi interacción con el mundo adulto se limitaba en gran parte a obedecer órdenes y asentir con mugidos bovinos y graznidos de ánade. La sensación inicial de soledad hizo que al principio se me soltara la lengua, pero no tardé en comprobar que la soledad en la naturaleza no tenía nada de temible; de hecho, aquella sensación abrumadora de falta de propósito me hizo experimentar frecuentes momentos de euforia, por lo demás bastante inesperados. Podía ir a donde quisiera, hacer lo que quisiera. Ser quien quisiera.

Durante esos diálogos con extraños, apenas salía a colación la guerra: el monstruo se mantenía soterrado. No admitía exhumación.

Con el tiempo acabé hartándome de zanjas y bosquecillos y, atraído por el mar, volví mis pasos hacia Europa siguiendo las señales de la carretera, que me condujeron por poblaciones enclavadas en la linde este de Cleveland y North Yorkshire.

Skinningrove y Loftus.

Staithes y Hinderwell.

En todas ellas encontré donde ganarme el jornal durante uno o dos días, al cabo de los cuales reemprendía la marcha.

Estuve en Runswick Bay, en Sandsend y finalmente entré en la población de Whitby, con su arco hecho de huesos de ballena y el olor a vinagre en el aire, y al otro lado de la bahía, en un altozano, divisé una antigua abadía en ruinas recortada al trasluz.

En aquel tramo de la costa me topé en dos ocasiones con bombarderos que habían caído abatidos de aquellos cielos divididos por el conflicto; de uno quedaba tan solo un amasijo carbonizado de chatarra retorcida, los cristales fundidos por una enorme bola de fuego. El segundo me lo encontré en medio de un campo de cereales; le faltaba una de las alas, pero por lo demás estaba intacto, con el morro reposando entre las incipientes espigas de trigo, como si algún dominiguero lo hubiera dejado allí aparcado sin darse cuenta.

Sin embargo, la cola y el ala restante exhibían las insignias funestas de un imperio bárbarico y, diseminados en torno al aparato, había restos de la siniestra y mortífera misión, un botín que a los muchachos del lugar, por alguna razón, se les había escapado: la hoja de una hélice maltrecha, casi tan lar-

ga como yo de alto, y un pingajo de tela que no me atreví a levantar del suelo. Parecía que el bombardero hubiera entrado en barrena solo unos minutos antes sobre el ajedrezado irregular de los campos de aquella tierra extranjera, la estela de humo detrás, mientras la muerte iba hacia él para recibir a su piloto, que rezaba a toda prisa antes de convertirse en una víctima más de aquella danza macabra y disparatada de la guerra. Antes de convertirse en otra anónima estadística.

No quise entretenerme allí, y poco después coronaba la colina de High Normanby, desde donde contemplé las laderas de pastos de Fylingthorpe y, más abajo, la bahía, cuyas aguas formaban un hermoso mosaico hecho de añicos espejeantes de esmeralda y malaquita.